

# La contrarreforma política de Newt Gingrich

**Fernando Delage**

**E**s imposible mantener una civilización con niñas de 12 años teniendo bebés, chicos de 15 matándose entre sí, de 17 muriendo de sida y de 18 recibiendo diplomas de graduación que no saben leer". Ante semejante panorama, "lo que está en cuestión no es ser republicano o demócrata, liberal o conservador, sino si nuestra civilización sobrevivirá o no".

Newt Gingrich, autor de las anteriores palabras, es profesor de historia. Además de lector de Spengler, Gingrich, desde el pasado 4 de enero nuevo presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, es un hombre con una misión: recuperar los valores de la civilización norteamericana; objetivo que, en su opinión, pasa por reducir la burocracia estatal y purgar de la cultura política del país a la élite liberal. Ante la pretensión de acabar con 60 años de una manera de gobernar, no debe extrañar que la victoria republicana en las elecciones al Congreso del 8 de noviembre de 1994 haya sido calificada como revolución política.

Por primera vez en 40 años, los republicanos tienen la mayoría en las dos cámaras. Ni un solo republicano presentándose a la reelección perdió su escaño o su puesto de gobernador. Los electores se pronunciaron en masa –el 38 por cien que votó– contra el partido gobernante, demostrando el acierto de Gingrich al convertir las elecciones en un plebiscito sobre la presidencia. Los republicanos controlan ahora el proceso legislativo y Clinton se enfrenta a dos difíciles años de cohabitación que determinarán sus posibilidades como candidato en 1996.

La nueva inclinación conservadora se sentirá de manera inmediata en el frente interior, una vez que los republicanos han puesto manos a la obra al cumplimiento de su *Contrato con América*, manifiesto que firmaron en vísperas de las elecciones 300 candidatos republicanos y que pide una enmienda constitucional para equilibrar el presupuesto federal, límites a los mandatos parlamentarios, un mayor gasto en defensa y un recorte de impuestos por valor de 200.000 millones de dólares en un período de cinco años. En política exterior, resurgirán nuevas inclinaciones aislacionistas: el manifiesto prohíbe específicamente que soldados norteamericanos sirvan bajo mandos de las Naciones Unidas.

---

**Fernando Delage** es redactor jefe de *POLITICA EXTERIOR*.

**La nueva mayoría en el Congreso supone un terremoto político de dimensiones históricas. Cuando, además, revela un debate político bajo el que subyace una guerra cultural, lo ocurrido en noviembre es indicación de un proceso de cambio social y político que no permite minusvalorar el alcance de estas elecciones.**

Es interesante, por otra parte, observar un paralelismo entre el comportamiento de los votantes norteamericanos y el de los electores de las principales naciones europeas, de Canadá y Japón, mostrando una crisis de confianza generalizada en la clase política; un descrédito común en los países industrializados que los teóricos de la política tendrán que explicar y que quizás tenga que ver con el alcance y la naturaleza de la democracia en el mundo de la posguerra fría.

Desde finales de los años sesenta se ha puesto de relieve una atomización de la sociedad que se ha ido traduciendo en un crecimiento de los grupos de intereses especiales –cada vez un mayor número de ciudadanos se define en términos de clase o grupo– y una decadencia paralela de los partidos políticos tradicionales. La caída del muro de Berlín aceleró esa tendencia al privar a estos últimos del contenido ideológico que les proporcionaba el elemento fundamental de definición. En Estados Unidos, la diferente percepción de la amenaza soviética era uno de los elementos que más claramente diferenciaban a republicanos y demócratas.

Efecto del fin de la guerra fría es también el de una nueva introspección de los votantes norteamericanos, para quienes el gobierno ha mantenido una serie de costosos compromisos internacionales mientras descuidaba los asuntos internos. Se han vuelto más exigentes respecto a los problemas nacionales, adoptando una postura más crítica hacia la clase gobernante motivada por razones que sólo ahora se hacen evidentes. Hace poco más de dos años fue la economía la que marcó la prioridad en las últimas elecciones presidenciales. Hoy, en plena recuperación, la economía ha resultado mucho menos importante para la psicología política de los norteamericanos que la convicción de que el país había tomado un camino equivocado.

Los resultados, en efecto, indicaron sobre todo una profunda irritación de los votantes con los demócratas y la presidencia. A la mayoría no le gustaba lo que Clinton estaba haciendo ni tampoco sus métodos: criticaban su indecisión, su aparente inclinación hacia la izquierda y rechazaban sus propuestas de estimulación económica y de mayor intervención federal.

Pero las causas de esa irritación van más allá del apoyo a un programa más atractivo –hecho que los republicanos deben tener en cuenta: sólo cuatro de cada 10 estadounidenses han oído hablar o leído el Contrato– y está más bien relacionada con la frustración

y cansancio de los ciudadanos. Cansados de la pérdida de nivel de vida, la precariedad del empleo, la inseguridad ciudadana y la pérdida de valores familiares, se extiende la percepción no sólo del incumplimiento por los políticos de sus promesas, sino de su alejamiento de la realidad. Existe un descontento general del que se culpa al poder político, que el senador Phil Gramm expresó claramente al indicar que “no fue un voto contra Clinton; fue un voto contra el Estado”.

Los norteamericanos creen en la actualidad que no existe la prosperidad suficiente para asegurar su futuro; que el gobierno no les ha ayudado a ajustarse a los cambios en la estructura económica y laboral derivada del desarrollo tecnológico y del comercio exterior; y que, al mismo tiempo, una población inmigrante está hundiendo al país económica y moralmente. Muchos creen que se dedica a las minorías una parte excesiva de los presupuestos de gastos sociales.

El país se encuentra así con un sentido de crisis social y moral. Y ha sido Gingrich, no los demócratas, la mayoría de cuyos votantes tradicionales ni siquiera se ha molestado en votar, quien ha sabido hacerse eco de dicha percepción. Su diagnóstico de la situación, sin embargo, aunque suficiente para ganar unas elecciones, difícilmente servirá para que EE UU encuentre su rumbo para el próximo siglo: es un camino que no se puede encontrar en el pasado.

### **Un presidente errante**

Los republicanos controlarán la Cámara de Representantes y el Senado durante los dos próximos años. Mientras que los republicanos en el Congreso se han hecho más radicales, las filas demócratas se encuentran más divididas. Clinton es consciente desde el 8 de noviembre de 1994 de que no puede contar automáticamente con el apoyo de todos los legisladores de su partido. Los demócratas más conservadores se sienten abandonados por sus líderes liberales y podrían votar con los republicanos en cuestiones clave.

Los demócratas no logran ponerse de acuerdo acerca de lo que el partido necesita para recuperar el apoyo perdido. Hay quienes piensan que la nueva mayoría resultará tan derechista que alejará a muchos de sus votantes y Clinton sólo tendría que esperar a que Gingrich se autodestruyera. Pero ésta es una no-estrategia inútil: el nuevo Congreso va a tener un dinamismo inusitado. Tratar, por otra parte, de evitar al Congreso recurriendo con frecuencia al voto presidencial, como hizo Truman frente a una mayoría republicana en 1946-1948, tampoco serviría para restaurar la confianza en el presidente.

Para otros demócratas, se trataría de volver hacia el centro político: reducir los impuestos para la clase media, recortar el gasto

público y adoptar un programa de reforma que incluya los programas sociales. Este planteamiento significa compartir muchos de los principios del Contrato y aparentemente esto es lo que hizo Clinton al presentar el 15 de diciembre pasado su *Carta de derechos de la clase media*, una propuesta de reducción de impuestos para ayudar a los gastos en educación y formación, que se verían compensados mediante una extensión del programa de "reinvencción del gobierno" dirigido por el vicepresidente Al Gore. También en el discurso sobre el Estado de Unión, el pasado 24 de enero, parecía Clinton asumir los principios republicanos. Todo ello sirve para reforzar la impresión de que Clinton es un presidente errante, sin ideas firmes, que se limita a sondar la opinión pública para luego ajustarse a ella.

Para recuperar la iniciativa sería necesario obtener el apoyo de la mayoría de los legisladores demócratas, pero también de los republicanos más moderados. Esto exigiría un nivel de decisión y una claridad de enfoque incompatibles con el estilo político de Clinton, prisionero del pequeño grupo de estrategas que tan bien ha descrito Bob Woodward en su último libro<sup>1</sup>. Los dos primeros años de Clinton han sido un ejemplo de incoherencia política. Ese tipo de confusión no servirá de nada frente a un adversario tan seguro de sí mismo y tan organizado como Gingrich, que puede terminar controlando de hecho la política nacional.

Algunos demócratas han visto las elecciones como una derrota causada por un presidente impopular. Pero otros están preocupados porque los trabajadores y votantes de clase media con que contaba el partido pueden ser difíciles de recuperar. Así lo ha puesto de relieve Bill Press, presidente del partido demócrata en California: "Se nos ve como el partido que se preocupa por los afro-americanos, los latinos, los homosexuales, las mujeres, y no por los hombres blancos. No le estamos diciendo nada a esa base<sup>2</sup>." Muchos republicanos están convencidos de que una de las principales razones de su victoria fue que consiguieron atraer los votos de ese segmento de la población, que ha visto perder en los últimos 12 años al menos una décima parte de sus ingresos anuales.

Lo que ocurrió en noviembre se estuvo fraguando durante años. Las elecciones fueron la consulta final sobre un *establishment* liberal que prestó excesiva atención a los grupos de intereses especiales y demasiado poca a las necesidades de la mayoría de los norteamericanos. Los excesos de la política de protección de los grupos y minorías (*affirmative action*), así como el fenóme-

---

1. *The Agenda. Inside the Clinton White House*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994.

2. Richard L Berke, "Democratic party struggles to find new equilibrium", *New York Times*, 27 de noviembre de 1994.

no de lo *politically correct* han motivado el abandono del partido demócrata y creado nuevos recelos hacia el liberalismo, que vuelve a caer presa de lo que ya observó en 1919 Harold Stearns en su *Liberalism in America*: “el método de compromiso por el que uno confía en controlar los acontecimientos abandonándose a ellos”. Clinton debería ofrecer una nueva filosofía de gobierno si quiere atraer al aproximadamente 30 por cien del electorado sin afinidad a ningún partido que votó a los republicanos.

Los límites de esa política de defensa simultánea de intereses diversos, con frecuencia contradictorios, que acelera las tendencias de disgregación y fragmentación, y que se mueve por llamativos actos de carácter simbólico –lo que William A. Henry III ha llamado perspicazmente *politics by the saxophone*<sup>3</sup>– quedaron probados el 8 de noviembre. ¿Pero será la *politics by the canon* que quiere proponer Gingrich el instrumento adecuado para la recuperación del sueño americano?

### Gingrich el ideólogo

La filosofía de Newt Gingrich aparece recogida en su *Contrato con América*, que durante los primeros 100 días será leído al inicio de las sesiones de la Cámara de Representantes. El Contrato dominó la campaña electoral y determinará la suerte de los republicanos en los dos próximos años. Además de ser un magnífico ejemplo de *marketing* político, su mayor mérito es sin duda el debate público que ha originado.

Los 10 puntos del Contrato establecen una de las agendas más ambiciosas jamás emprendida por un partido político. Durante los primeros 100 días, los representantes republicanos se comprometen a presentar proyectos legislativos que van desde una enmienda constitucional para equilibrar el presupuesto y recortes fiscales para empresas, clase media y tercera edad, hasta la reforma de los programas sociales y la limitación de los mandatos parlamentarios. Prometen reformar los procedimientos de las cámaras obligando al Congreso a ajustarse a las mismas leyes que aprueba, reducir personal de las comisiones legislativas y exigir una mayoría de tres quintos para aumentar los impuestos.

El Contrato fue el producto de meses de planificación, en los que se consultó y analizó la opinión de los simpatizantes del partido. En palabras de Gingrich, “diseñamos el Contrato de una manera consciente para hacer dos cosas. Primero, para tener un programa y, caso de obtener la victoria, disponer de un plan de actuación para los primeros 100 días. En segundo lugar, pensamos que un

3. William A. Henry III, *In defense of elitism*, Nueva York: Doubleday, 1994, pág. 195 y ss.

partido positivo, ofreciendo una serie de cosas positivas que los ciudadanos realmente desean, sería un antídoto saludable ante el enfado hacia Clinton y el nivel de negativismo existente".

En reuniones semanales durante 18 meses, los representantes republicanos fueron sintetizando las ideas con más atractivo para la opinión pública. Predominaba siempre el interés de los votantes porque existiera un mecanismo que permitiera exigir cuentas a los miembros de las cámaras. Lo más importante del Contrato era, por tanto, la responsabilidad derivada de firmar un compromiso de reforma legislativa.

El Contrato proporciona a los republicanos un programa claro para los próximos años. A primera vista, muchos de sus principios están cargados de sentido común; el problema está en los detalles: así, aunque promete una enmienda constitucional que restablezca el equilibrio presupuestario, no ofrece detalles acerca de los gastos que habría que recortar para lograr ese equilibrio.

La reforma del Estado de bienestar, por otra parte, está también en discusión. Es uno de los mayores desafíos que afronta el nuevo Congreso republicano, como lo fue también para Clinton. Este prefirió esquivar la cuestión, queriendo construir a cambio un nuevo sistema sanitario. El radicalismo de las propuestas republicanas acabaría con toda muestra de solidaridad.

Los líderes de la nueva mayoría planean recortar gastos federales en bienestar, alimentación y vivienda por valor de más de 60.000 millones de dólares en cuatro años. Excluirían de los programas sociales a los hijos de madres solteras y a los niños cuya paternidad no se haya establecido legalmente, que encontrarían refugio, según Gingrich, en la caridad privada o en los orfanatos públicos. "¿Es esto reforma, o es un ataque contra los pobres a fin de proseguir su guerra ideológica contra el Estado", se preguntaba el *New York Times* en un editorial.

Para los republicanos, los gastos sociales deben ser además en su mayor parte competencia de los Estados, no de Washington, incurriendo de este modo en una notable contradicción sobre la que volveremos más adelante. Pero, sobre todo, sus propuestas acabarían con una red federal que se ha ido construyendo en etapas desde los años de la gran depresión con el consenso de los dos partidos.

### **Contra el 'New Deal'**

Los republicanos controlan el Congreso, pero no es una mayoría parlamentaria cualquiera: se proponen llevar a cabo un ambicioso programa que responda a la preocupación por los valores nacionales. Desde su punto de vista, la salvación de la civilización norteamericana comienza por atacar al Estado, a la élite de Washington y a los demócratas liberales, responsables de su decadencia.

La escala de la transformación que quiere promover Gingrich lo muestra sus frecuentes referencias a un modelo que reemplace al *New Deal*, la reforma puesta en marcha entre 1933 y 1939 por Franklin D. Roosevelt que condujo a la expansión y centralización de la burocracia federal, y que en su mayor parte contó a lo largo de los años con el apoyo de los dos partidos. El sistema político resultante es, según Gingrich, obsoleto e incapaz de regenerarse. En sus propias palabras, “los norteamericanos se han manifestado en contra del Estado de bienestar burocrático, redistribucionista y contracultural”.

Paradójicamente, el presidente Clinton ganó las elecciones de 1992 como un “nuevo demócrata”, como un firme creyente en la responsabilidad individual y en un papel reducido del Estado. Después de observar cómo pretendía resolver los problemas nacionales –la reforma del sistema sanitario en particular– muchos votantes llegaron a la conclusión de que en realidad era un viejo liberal y no merecía su confianza. Pero tampoco los republicanos se libran de la incoherencia.

Días después de las elecciones, Gingrich se dirigió a los gobernadores republicanos, insistiendo en “un proceso de devolución del poder por parte de Washington que ponga punto final a la centralización que comenzó en 1932”. El Contrato, por tanto, quiere eliminar importantes funciones del gobierno federal, pero impondría notables cargas a los Estados, con lo que incurre en una seria contradicción en su ataque ideológico antiburocrático. Si en EE UU existe hoy un problema de exceso de intervención, es a nivel estatal y local, más que federal, y ha sido el resultado de sucesivas administraciones republicanas. La responsabilidad de la gestión de un sinnúmero de competencias fue devuelta a los Estados, siguiendo el “nuevo federalismo” acuñado por Nixon y mantenido por Reagan y Bush. Por dar un ejemplo, el gobierno federal sólo controla hoy el seis por cien del presupuesto nacional en educación. En la década de los ochenta, los gobiernos de los Estados doblaron sus presupuestos y aumentaron considerablemente el número de funcionarios. Gingrich quiere acelerar ese proceso, aumentando la burocracia no federal, sin aclarar cómo se financiarán los programas devueltos por Washington.

Esta será una de las cuestiones más importantes del debate político norteamericano en los próximos años, especialmente cuando nunca desde 1968 habían tenido los republicanos tantos gobernadores y controlan ahora ocho de los nueve mayores Estados. Por otra parte, uno de los hechos más decisivos de las elecciones de noviembre es la nueva influencia del Sur. No sólo Clinton y Gingrich son sureños: lo que permitió la victoria republicana fue la obtención de su primera mayoría en el Sur en 120 años. Este reali-

neamiento político empujará al partido republicano a una mayoría a los niveles estatales y locales.

Además de la crítica al Estado, considerado no como herencia de estabilidad, sino como muestra de la incapacidad de cambiar, los republicanos culpan a la élite liberal de una política que ha acentuado la fragmentación social. En su visión de los años dorados, el mayor logro norteamericano fue la construcción de una sociedad que compartía los mismos valores. Hoy, lo más llamativo en esa sociedad es precisamente la quiebra del principio mayoritario. Cuando cada grupo o minoría persigue sus propios intereses, cuando es difícil hablar de una visión compartida de la cosa pública, ¿puede mantenerse el contrato social? Allan Bloom se hacía esta pregunta al observar a lo que había llegado una manera de entender la vida política que discutía la cultura dominante<sup>4</sup>. Buena parte del pensamiento político de posguerra se construyó sobre la base de asaltar esa mayoría. Consideró los principios fundadores como obstáculos y desacreditó la defensa de lo mayoritario para propugnar una nación de minorías y grupos, cada uno siguiendo sus propias creencias e inclinaciones. La minoría intelectual liberal, en particular, se presentó como defensora y portavoz de todos esos grupos al mismo tiempo.

Hacer referencia a este debate de ideas no es ocioso, cuando para los republicanos el país se encuentra, más que ante un debate político, ante una “guerra cultural” cuyo origen se encuentra en los años sesenta. Fue entonces cuando liberales y conservadores se dividieron en dos culturas políticas distintas. Ahora que la generación del 68 se encuentra en el poder, es fácil entender las despectivas alusiones de Gingrich a la contracultura, su opuesta concepción del mundo y la naturaleza de su ambición.

El radicalismo de muchos de los mensajes de Gingrich no es obstáculo para reconocer que ha dado lugar a una discusión indispensable en una sociedad democrática. Se presentó a las elecciones con un programa dirigido a transformar la sociedad. Las realidades del poder dificultarán la conversión de sus ideas en hechos, pero el proceso actuará como catalizador de un debate nacional, necesario en este momento de definición.

Los republicanos han conseguido desacreditar a los demócratas. Lo que no han hecho, sin embargo, es convencer a los votantes de que pueden ir más allá de hacerse eco de la demanda ciudadana de un gobierno más pequeño, más eficaz y más responsable. Simplemente castigando a Clinton no llevará a los republicanos muy lejos en la consecución de sus objetivos. En 1992 los estado-

---

4. Allan Bloom, *The closing of the American mind*, Nueva York: Simon & Schuster, 1987, pág. 31.

unidenses juzgaron a Clinton como un agente de cambio; cuando demostró no serlo, dejaron de apoyarle. Si los republicanos quieren evitar la misma suerte, deben elegir el buen gobierno por encima de la ideología.

Ese esfuerzo debe partir del reconocimiento del escepticismo de los votantes. Como ha escrito Kevin Philips, desde 1963 los norteamericanos “han perdido la confianza en siete presidencias sucesivas de ambos partidos”, incluyendo a Ronald Reagan y Bill Clinton. Ese descontento y el temor por el futuro “se está acercando a una masa crítica.” Así, el 8 de noviembre de 1994, el 63 por cien de los electores rechazaron ambos partidos decidiendo no votar.

Los republicanos pronto se encontrarán con que el poder parlamentario no es una cuestión de ideología, ni tampoco numérica. Las expectativas que ha creado su victoria se diluirán previsiblemente en el tiempo. La nueva escena política y las diversas tendencias en cada partido podrían permitir un liderazgo pragmático interesado en el compromiso de ambos grupos. Ante el fin de la hegemonía norteamericana, de los años de la opulencia y de una sociedad en conflicto sobre cómo administrar recursos más escasos, el uso de la razón impondría una cooperación bipartita sobre los principales desafíos que afronta el país. La razón, sin embargo, no parece formar parte del mensaje del nuevo antiliberalismo.